

# Bebé

## Pieza para actriz y músico

Ingrid Luciano Sánchez

Teatrística y filósofa [ingrid.dramaturgia@gmail.com](mailto:ingrid.dramaturgia@gmail.com)

### Sinopsis:

Esta mujer no sabe si es su reloj biológico o qué, pero tú la tienes muy perturbada y por eso te ha convocado. Una cita de dudas existenciales, humor, danza y música.

**Nota:** La música es un personaje en la obra. Se sugiere el uso de un/a instrumentista en vivo, pero puede ser representada con *playback*.

*(Un músico toca un instrumento mientras el público entra y se acomoda en una ronda. La MUJER les recibe en posición de meditación con los ojos cerrados).*

**Mujer:** Ajá. Ya van llegando. Muy bien. Acomódense. ¡Bienvenidas! Shh. Cállense. Se van sentando sin hablar. Durante este tiempo solo hablaré yo. Cero cuchicheos y estar diciéndome qué hacer. Después, después podrán hablar. Pero ahora no. Shh.

*(Espera un instante. Respira. El músico calla. La mujer abre los ojos. Mira a cada persona del público atentamente, como reconociéndoles. Sonríe).*

A algunas de ustedes no me las imaginaba así, la verdad. *(Ríe)* Tú sí eres tal cual tu voz. ¿No es increíble que nunca nos hayamos sentado así, mirándonos a la cara? No sé a ustedes, pero a mí me divierte mucho. Gracias por haber venido. Bueno, “venido” es un decir. *(Ríe)* ¿No tienen idea de por qué las he convocado? ¿No les llega a la mente un temita muy particular? ¿No? Ahora nadie dice nada. Nadie sabe nada. Está bien. Tengo que aprovechar que estén calladitas y a la expectativa por una vez en mi vida. Además, no tengo mucho tiempo; más joven no me voy a poner. Así que vamos al grano. *(Se levanta).*

De esto hace más o menos dos semanas. Estoy yo caminando por unas callecitas por las que paso para llegar a mi casa. Ay, está bien, no me miren así: nuestra casa. Y de una ventana sale una melodía muy linda. Es como una canción de cuna.

*(El músico toca una canción infantil).* No, no es esa. *(La mujer tararea la canción y el músico la sigue).* Sí, sí, esa sí. Y, bueno, ustedes me conocen. O sea, ¡obviamente! ¡Nadie me conoce más! Ustedes saben que me la paso fantaseando como si fuera una niña todavía. Y desde que oigo una musiquita de una vez estoy inventando coreografías. La cosa es que en vez de imaginarme haciendo un *pas de bourrée* o un *développé*, como sería lo normal en mí —o un baile del perrito, un *twerking* o un zapateo de flamenco, todo depende de la música y de cuál de ustedes esté más presente— pues yo me ubico en mi mente en una mecedora escuchando la musiquita. Pero eso no es nada. No fue por eso que las convoqué. La cosa es que yo estoy meciéndome de lo más tranquila y sin percatarme, ya no estoy sola. Aparece de la nada un bebé encima de mí. Ubiquémonos. A todo esto, en realidad yo estoy caminando, pero más lentamente porque no quiero dejar de escuchar la musiquita que sale de aquella ventana, pero en mi mente estoy en una habitación pintada toda de blanco y verde, sentada en una mecedora verde, cargando un bebé. No, el bebé no era verde. Y estoy feliz. En paz. Realizada.

*(Música perturbada).* ¡Pero espérense, espérense, espérense! Aquí hay algo que como que no cuadra. ¿Se dieron cuenta? Yo en una habitación: bien. Yo en una mecedora: bien. Yo escuchando la musiquita sola: bien. Pero, ¿y lo otro? Sí, eso mismo. El bebé. ¿De dónde diablos salió ese incidente de mi imaginación?

Todo bien. No fue tan grave. No estaríamos aquí si la cosa se hubiera quedado ahí.

*(La mujer se tumba).*

Día siguiente. Estoy acostada en una hamaca, sola. Me balanceo y disfruto del ir y venir. De pronto, en mi mente vuelve a sonar aquella canción de cuna *(el músico toca la primera canción de cuna)*. No, esa no. La otra. *(El músico cambia la melodía)*. Exacto... y cargo un bebé, lo tengo en mis brazos, siento su peso encima de mí como la cosa más natural del mundo. Me siento cómoda, feliz. Semana siguiente: estoy tumbada en la playa. Disfruto la brisa y el vaivén de las olas. Vuelve a aparecer el bebé, la sensación de un bebé, la musiquita que va con el bebé, el olor de bebé que se mezcla con ese aroma inigualable del mar y el bebé me acompaña, como un amigo imaginario que nadie más ve, pero que forma parte de mí.

*(Se sienta).*

¿Me van captando? Unos días después estoy sentada en una cafetería con una amiga. Sí, también hablo con gente que está afuera de mi cabeza de vez en cuando: “Dime, ¿qué hay de nuevo? ¿Cómo va la cosa? ¿Cómo van los planes? ¿Y el trabajo? ¿Y la salud? Óyeme, qué fuerte como cada año va aumentando el índice de feminidad de la pobreza. Mira, ¿y cómo te ha tratado últimamente la crisis existencial?” Ustedes saben, cosas de mujeres. De pronto pasa una pareja con un bebé. Mis ojos se van, mi cuello se gobierna y no puedo parar de mirar. ¡Qué lindo! ¡Qué hermoso! ¿Viste esos buches? Ay, me lo como. Ay, qué rosadito. Ay, pero qué cochita más bonita. Ay, pero ese cuellito si tiene que oler riiico. ¡Qué lindo! ¡Qué hermoso! Ay qué buches. Me lo como. Rosadiiito. Cochita más bonita. Ay, pero ese cuellito si tiene que oler riiico. ¡Lindo! ¡Hermoso! ¡Buches! Me lo comooooo. Rosadiiito. ¡Cochita bonita! ¡Cuellito rico! ¡Cucurucucú! ¡Buchiiiiitos!

*(Se levanta. Pausa. Mira fijamente al público).* No pude parar hasta que el bebé estuvo completamente fuera de mi vista.

¿Ahora entienden para lo que las he convocado? ¿Se dan cuenta? Yo necesito que ustedes me digan cuándo me convertí en esta mujer. ¡En serio! Nadie lo puede saber más que ustedes. ¿Es la edad? ¿Es el famoso reloj biológico? ¿Esa vaina de verdad existe? O es que... En serio. Esta no es una acusación. De verdad. No quiero que ninguna se sienta que la estoy atacando. Solo quiero su

honestidad. Díganme, ¿alguna de ustedes ha estado metiéndome bebés en la cabeza? ¡Vamos, confiésense! ¡Voz de mamá! ¿Por qué no hablas? Siempre estás ahí con tu tono de cinismo, de nada me atraviesa, nada me choca, de ¿cuándo vas a ser una mujer de verdad? O sea, una “mujer, mujer”, que se casa y tiene hijos. ¡Vivir juntos es como casarse, mamá! Además, yo sé, yo sé, mami, que un 25% de las mujeres de mi edad han tenido muchachos antes de los 18 años. ¡Y si nos vamos a un campo como el tuyo ese porcentaje sube a 36! Pero yo no soy una estadística, mamá. ¿O quizás es alguna de mis voces feministas internas que está jugando con mi cerebro? Sí, sí. No se hagan. Cada vez me confunden más. Antes me quedaba claro que la maternidad no es un destino sino una elección; pero últimamente estamos con que las energías de la madre naturaleza, con que somos cuerpo, con que la maternidad es bella, que si la biología, que si la lactancia nos conecta con los ciclos de la tierra. Pero, “tú decides”. Claro, “tú decides”. ¿Y quién coño es “tú”? O sea, yo. ¿Quién carajos soy yo y cómo diablos voy a decidir? ¿Dónde está la coreógrafa que habita dentro de mí? ¿Es alguna de ustedes? ¿No vino a la reunión? La coreógrafa, la que escuchaba una música y se inventaba bailecitos. ¿O a lo mejor era un coreógrafo? ¡No importa! Lo que quiero saber es si ahora fue sustituido por este bebé fantasma que aparece con el vaivén de una mecedora, de una hamaca, de las olas. ¡Ah, pero eso es! ¡Yo acusándolas a ustedes, voces mías, cuando lo más probable es que el problema es el vaivén! *(Se queda estática un instante. Cierra los ojos. Sonríe).*

*(Suena la misma melodía infantil. La mujer se esfuerza por seguir estática, pero se mece y pone los brazos como si cargara un bebé).*

¡Callen! ¡Callen esa música! *(El músico calla. La mujer lo mira y se le acerca amenazante, mientras él toca una música de suspenso).* ¡Eres tú! A todas estas, ¡eres tú! ¡Claro! La melodía es la voz de mi pareja que subconscientemente me exige un bebé de la forma más patriarcal, pero sutil posible. *(Ríe como loca. El músico para de tocar, desconcertado. La mujer ríe más. Mira al público).* Discúlpennne, voces mías. Es ridículo. A mi pareja le da un poco de miedo tener hijos. “Bebé —me dice— es que tú con tu feminismo, si tenemos hijos, después me tocará hacerlo todo a mí”. ¡Ja! ¿Pero en qué mundo será que vive? ¿Quiere saber cómo le contesté? ¡Pues con números, claro! *(se acomoda como si hablara con su pareja)* “¿Sabes qué? Mientras los hombres de tu edad le dedican en promedio 53,2

horas semanales al trabajo, las mujeres de mi edad le dedicamos 60,9. Como bien lo oyes, trabajamos más horas. Pero eso no es todo. De esas horas en las que ustedes trabajan, la gran mayoría se las dedican al trabajo pago y apenas 9,6 horas semanales le dedican a lo NO remunerado. ¿Pero y nosotras? Le dedicamos 34,6 horas semanales —¡O sea, de 60,9, eso es más de la mitad!— al trabajo NO remunerado: *suapear*, cocinar, cuidar los muchachos, cuidar a los viejos, ir al mercado, etc. ¿Me captaste? Las mujeres trabajamos más y para colmo no nos pagan. Así que no me vengas con esa, pues si fuera a darse el caso hipotético e improbable de que la tortilla se volteara en esta relación entre tú y yo, sería apenas una pequeña porción de justicia poética en medio de un gran ¡sistema patriarcal de mierda!” (Silencio. *Respira y se calma. Vuelve a la posición anterior*) Después de eso estuvimos en silencio. No quise ponerme a hablarle de jefatura de hogar femenina ni de la desigualdad de género en el acceso al mercado laboral. Por esto, definitivamente, descartado, no es su voz la que me induce a imaginar bebés. (El músico vuelve a tocar la melodía infantil. La mujer mece un bebé imaginario casi mecánicamente, sin resistirse).

Dicen que tengo la edad casi límite. (Con voz muy aguda). “¿Y el bebé pa' cuándo? El tiempo no retrocede, querida”. Tengo el compañero, ergo, tengo el semen. Tengo mis féferes bien puestos —o eso creo— y, mírenme, no puedo evitar mecer bebés imaginarios donde quiera que estoy. Pero el dilema persiste. ¿Ser o no ser? ¿Crear o no en Dios? ¿La idea o la materia? ¿Confiar en la razón o en los sentidos? ¿Reforma o revolución? Ay, sí, sí, querida voz de mi Hamlet interior. Todos esos son problemas que ya tengo bien resueltos. Pero hay uno que no termino de solucionar: ¿Preñarse o no preñarse? ¡Señoras y señores, esa es la verdadera cuestión!

(La mujer lanza el bebé imaginario fuera de sí y la melodía de cuna se distorsiona. Vuelve a cargar el bebé imaginario y ella lucha físicamente para sacárselo de encima. Se lo lanza a alguien del público y habla a toda velocidad y agitada).

¡No me vengas con que tengo miedo a la responsabilidad! Puedo estar pendiente de otro ser humano sin problemas. ¡No! Tampoco le tengo miedo a la pupú. ¡Sí! Los bebés cagan mucho, pero se limpia y punto. ¿El dinero? Eso siempre es un lío, pero si fuera por falta de dinero uno nunca haría nada. ¿La pareja? Si nos organizamos entre

los dos siempre habrá tiempo para el sexo y los mimos entre dar la teta y dormir el bebé.

(El bebé vuelve a sí, como si se lo lanzaran. Ella lo carga. Respira calmándose y mirando el bebé. Sonríe con ternura).

Cochita bonita. Agugú.

(Su sonrisa se va convirtiendo en rostro de preocupación. Música expectante).

Sí hay algo que me preocupa. Muy profundamente. ¿Qué pasa si después de pasar tanto trabajo para criar un ser humano, este me sale... (Pausa) ¿Nacionalista? ¡O guardia! (La mujer suelta el bebé). ¡O machista! ¿Y si me sale racista? ¿O una malagradecida? ¿Egoísta? ¿Envidiosa? ¿Un acomplejado? ¿Un pichón de caudillo? ¿Una defensora del colonialismo y la globalización neoliberal?

(La música se extrema. La mujer se desmaya, la música cesa y ella se levanta). Para evitar tener que matar a mi propio hijo o hija y pasar a la historia como la Medea caribeña, mejor no tengo ninguno. Está decidido. Si al final el gran problema es la libertad. Tú los haces, pero no son tuyos. Al final ellos hacen lo que les da su realísima gana. O al menos lo que ellos creen que les da la gana, aunque solo repitan parámetros de moda o la ideología del momento. Ay, ñeñe. Así no me gusta.

(Silencio. Vuelve a recibir el bebé imaginario en sus brazos) ¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que me quieres decir? Sí, sí. Es un amor como ningún otro, es una oportunidad de trascender, dejar un legado y a la vez probarte a ti misma que puedes ser madre y que puedes seguir siendo tú. Sí. (Pausa) Pero también es la oportunidad de vivir una vida sacrificada, improductiva y jodiéndole la existencia a otro ser humano traspasándole mis propias frustraciones por todo lo que no pude hacer al tenerlo. ¿Y todo para qué? ¿Para cumplir mi capricho de tener un bebé como si fuera un jugueto?

(Lanza el bebé hacia otra persona del público y se abraza a sí misma. El músico toca una melodía distinta. La mujer se va relajando, cierra los ojos y se mueve levemente como si imaginara una coreografía. Sonríe).

¡Ahí estás! ¡No te has ido coreógrafa mía! ¡Volví! ¡Volví a ser yo! (Abre los ojos).

¿Cuál de ustedes es la coreógrafa? No te vas a volver a ir, ¿verdad? (Vuelve la melodía infantil. La mujer sube los ojos y vuelve a colocar los brazos como si tuviera un bebé encima).

¡Ya! (Intenta quitarse el bebé de encima, pero no lo logra).

¡Dejen de molestarme con esto! ¡No quiero hacer solo lo que esperan de mí!

(La lucha de la mujer por intentar sacarse el bebé se convierte en una danza, que integra al bebé. Se sorprende. Se divierte).

¿Qué significa esto, voces mías? ¿Son ustedes? ¿Soy yo? ¿Acaso no es lo mismo?

(La mujer sigue danzando con el bebé imaginario. A veces lo integra, otras lo repele).

No estoy para estos juegos. No tengo mucho tiempo. ¡Necesito decidir! Está bien. ¡Hablen! ¿Es lo que quieren?

(Sigúe danzando. Trata de librarse del bebé, pero no lo logra).

¡Hablen! ¡Las escucho! ¡Hablen!

(Apagón). ■

